

“Cortar y pegar” la Palabra de Dios

Basado en Mateo 5:44

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15).

“**OÍSTEIS** que fue dicho: `Amarás a tu prójimo’” (Mat. 5:43). Cuando leí por primera vez las palabras de este versículo pensé que Jesús se refería a algún texto del Antiguo Testamento. Pero no; citaba un ejemplo que muestra cómo los hombres han manipulado la clara y diáfana Palabra de Dios y han cambiado la ley para que se adapte a su conveniencia.

Si usted, estimado lector, dispone de computadora, con toda certeza habrá usado las funciones “cortar” y “pegar”. En otras palabras, si en la pantalla tiene un texto que le estorba, puede “cortarlo” y “pegarlo” en el lugar del documento que le convenga o, sencillamente, puede eliminarlo. Y no solo eso; también puede “pegar” en el texto algo que está en otro documento.

En los días del Señor Jesús, los escribas y los fariseos tenían una mentalidad de “cortar y pegar” cuando de la Palabra de Dios se trataba. Cortaban y pegaban leyes, o algunas partes de las mismas, según su conveniencia. El segundo gran mandamiento, que aparece por primera vez en Levítico 19:18, no dice simplemente que debemos amar a nuestro prójimo. Reza: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Fíjese que si eliminamos las palabras: “como a ti mismo” podemos decidir cuánto amaremos al prójimo, si mucho, poco o muy poco. El Señor no dejó en nuestras manos la decisión de cuánto teníamos que amarnos unos a otros. Dijo que debemos amarnos unos a otros como a nosotros mismos. Por eso, Jesús condenó a los fariseos; porque, a pesar de que pretendían obedecer la Palabra de Dios, en realidad, la desobedecían. Jesús dijo: “En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (Mat. 15:9).

Para jugar al fútbol es preciso seguir unas reglas. Esas reglas no siempre ayudan a ganar. Sin embargo, los fariseos habían hecho exactamente eso con la Palabra de Dios: la habían manipulado para ganar. Sin Cristo somos egoístas. Si podemos hacerlo según nuestra conveniencia y si no nos causa demasiado trastorno, no nos importa ayudar a los demás. Pero ayudar y amar a los demás como a uno mismo exige sacrificio.

Pongamos cuidado en no “cortar y pegar” la Palabra de Dios.

Ya tienen su recompensa

Basado en Mateo 6:1 al 4

“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos”
(Mateo 6:1).

AQUELLA MAÑANA de sábado yo era el orador invitado. Antes del sermón, un cuarteto vocal masculino interpretó una música especial. Armonizaban magníficamente las voces, al tiempo que la melodía y la letra del himno eran una genuina expresión de alabanza a Dios.

Cuando acabó el canto, la congregación prorrumpió en un sonoro aplauso. Aguardé un momento, tras el cual me dirigí al púlpito, y recordé a la congregación que los jóvenes no cantaban para nosotros sino para el Señor. Entonces sugerí que, en lugar de aplaudir, podríamos decir: “Amén”.

El aplauso expresa aprobación o elogio de una acción. Disfruté de aquella música tanto como el que más, pero no creía que el aplauso fuera lo más adecuado. Jesús dijo que nuestra adoración no tiene que ser para aparentar.

A menudo me invitan a predicar en diferentes iglesias. Es frecuente que, antes del servicio, el pastor o el primer anciano me pregunten cómo quiero que me presenten. Mi respuesta suele ser: “Con sencillez, por favor”. La cuestión es que acudimos a adorar a Dios, no a ensalzarnos unos a otros. La iglesia no es lugar para ensalzar a nadie más que a nuestro Padre celestial.

Hace un tiempo, en una gran reunión a la que había asistido, un rico hombre de negocios entregó a uno de los dirigentes un cheque por un millón de dólares. La emoción embargaba el ambiente. Me pregunté qué habría dicho Jesús. Recuerdo que Jesús y sus discípulos estaban en el templo y se encontraron ante una situación parecida. “Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, o sea, un cuadrante. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: ‘De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca, porque todos han echado de lo que les sobra, pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento’” (Mar. 12:41-44).

La naturaleza humana intenta impresionar a los demás. No viva para impresionar, sino para glorificar a su Padre celestial.

Nuestro Padre celestial

Basado en Mateo 6:5 al 13

“Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que lo temen” (Salmo 103:13).

ES UNA LÁSTIMA que, para algunos, la palabra “padre” pueda despertar sentimientos negativos. El diablo ha conseguido manchar y casi destruir por completo muchas de las cosas que, para la existencia humana, son preciosas y sagradas. Dios quiso que, aunque solo fuera en parte, pudiésemos entender nuestra relación con él a través de los vínculos familiares. Si en el hogar impera la infelicidad, el concepto de Dios que pueda tener una persona estará distorsionado. Una familia disfuncional puede ser la causa de que aparezcan grandes obstáculos en nuestras relaciones, lo que nos impediría conocer y entender a Dios como nuestro Padre celestial.

A pesar de que, para muchos, su familia ha sido causa de grandes sufrimientos, Jesús enseña que al orar nos dirigimos al Padre que todos los hijos quisieran tener y que, de hecho, tenemos. Nuestro Padre celestial conoce cosas de nosotros que ni nosotros mismos llegamos a entender. Sabe qué nos conviene y, si se lo permitimos, hará que todo nos ayude para bien. Eso no quiere decir que todo lo que nos sucede tenga que ser agradable; sino que, a pesar de todo, él acabará sacando algún bien de una situación adversa.

¿Qué pasa con la comunicación entre padres e hijos? Un estudio de la Universidad Cornell indica que los padres con niños en edad preescolar dedican un promedio diario de 37.7 segundos a tener contacto real con sus pequeños. En cambio, el estudio reveló que los niños ven la televisión alrededor de 54 horas semanales. ¿Se puede conocer a alguien dedicándole solo 37.7 segundos al día?

Cuando oramos, nuestro Padre celestial nos asegura de que él nos oye. Cada vez más, las grandes empresas automatizan sus servicios de atención al cliente. Se trata de llegar al extremo de poder llamar a una empresa, mantener una conversación, dar y recibir información... ¡sin que medie contacto humano alguno! Es posible que una voz nos diga: “Gracias por su llamada, que tenga un buen día”. ¡Y, de hecho, habremos hablado con una computadora!

Cuando oramos a nuestro Padre, él nos oye. David dijo: “En la tarde, al amanecer y al mediodía, oraré y clamaré, y él oírá mi voz” (Sal. 55:17).

El Señor es santo

Basado en Mateo 6:5 al 13

“Justo es Jehová en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras” (Salmo 145:17).

NINGÚN PADRE TERRENAL es santo en grado absoluto como nuestro Padre celestial. Cuando decimos: “Santificado sea tu nombre”, no le dedicamos ningún cumplido extraordinario; es un reconocimiento.

Los diccionarios dicen que las cosas santas pertenecen o están relacionadas con un poder divino, que son sagradas y dignas de adoración, que están apartadas para un propósito religioso o que merecen un respeto o una reverencia especiales. Sin embargo, la santidad de diccionario no va más allá. En cambio, en la Biblia, la santidad es un fuego abrasador que no tolera el pecado. A menudo contemplamos el amor de Dios, su misericordia, su gracia, su fidelidad y su bondad. Pero, hasta que no entendamos tan siquiera un atisbo de su santidad, jamás podremos apreciar realmente las revelaciones de nuestro Padre celestial.

No es preciso que seamos teólogos o filósofos para que podamos captar la importancia de su santidad; basta con que nos demos cuenta de que su misericordia y su gracia, su fidelidad y su bondad, son aspectos de su carácter, mientras que él es santo. Todos los ídolos son el resultado de una idea errónea acerca de la santidad de Dios. Cuando no conocemos al verdadero Dios, nos hacemos dioses a nuestra semejanza.

Las palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”, no tienen que evocar las imágenes de una relación triste o desagradable que hayamos podido tener con nuestro padre terrenal. Al contrario, gracias a ellas sabemos que hablamos con nuestro Papá celestial, cuya santidad lo lleva a hacer lo que hay que hacer.

Lo llamo Papá celestial porque Jesús así lo llamó en el Getsemaní. “Y decía: ¡Abba, Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mar. 14:36). La palabra “abba” es el equivalente arameo de “papito”. Jesús llamó “Papito” a su Padre celestial; por tanto, nosotros también podemos hacerlo. Al respecto, le pregunté a un rabino judío y me respondió que, aún hoy día, en el Estado de Israel los niños pequeños llaman así a sus padres.

¿Verdad que es reconfortante saber que nuestro Padre celestial es santo y bueno; y que, como buen Padre que es, hará lo que mejor nos convenga?

Rey de reyes y Señor de señores

Basado en Mateo 6:9 al 13

“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya!, porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina”
(Apocalipsis 19:6).

NUNCA HE VIVIDO en un país con régimen monárquico. No obstante, viajé por Irán mientras en aquel país todavía gobernaba el Sah, como así se llamaban sus soberanos. En casi todas las paredes había un retrato de Su Majestad Imperial y todas las plazas estaban presididas por una escultura suya.

Salvo escasas excepciones, en la actualidad los soberanos apenas tienen poder político sobre sus súbditos. No obstante, el reino de Dios es una monarquía. Para los ciudadanos de países con régimen republicano, la forma monárquica de gobierno puede resultar difícil de entender, además de incómoda. Sin embargo, debemos comprender que el gobierno de Dios no es una democracia. En la mayoría de las monarquías constitucionales existe la posibilidad de que los ciudadanos las revoquen por referendo. En el reino de Dios es imposible que esto ocurra. Mientras que muchos reyes y reinas reciben el poder del pueblo, en el reino del cielo sucede exactamente lo contrario. El Rey del cielo da el ser y la existencia al pueblo de Dios.

Al decir: “Venga a nosotros tu reino”, reconocemos que Dios es nuestro rey. Este concepto tiene más alcance que el de Padre celestial. Significa que, además de ser nuestro Padre celestial, también es nuestro Soberano. Para nosotros, su palabra es ley.

Para muchos, este punto es causa de conflicto en su relación con Dios. No tienen dificultad en ver a Dios como su Padre celestial, sobre todo si su padre terrenal los consentía y les daba todo lo que le pedían. Sin embargo, estas mismas personas se resisten al hecho de que Dios les diga cómo tienen que vivir.

Si realmente queremos comprender el objetivo de la oración, es preciso que tengamos clara la idea de que Dios, además de ser nuestro Padre celestial, es nuestro Rey y Soberano. No es el presidente, ni un representante, ni tampoco un coordinador o un orientador. Es nuestro Dios, por lo que, al decir: “Venga a nosotros tu reino”, afirmamos que estamos dispuestos a reconocerlo como Rey de nuestra vida. Me encanta cómo se describe a Jesús en Apocalipsis 19:16: “En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores”.

Hágase tu voluntad

Basado en Mateo 6:5 al 13

“He deseado tu salvación, Jehová, y tu ley es mi delicia”
(Salmo 119:174).

UN PREDICADOR AMIGO mío me dijo que a veces pregunta a sus oyentes: “¿Cuántos de ustedes están cansados de que alguien les diga qué tienen que hacer?”. La mayoría levanta la mano. Entonces, esbozando una sonrisa, les dice: “Ya veo, me parece que voy a perder el tiempo hablándoles del evangelio”.

Ya se sabe, quien tenga dificultades para relacionarse con las autoridades también tendrá dificultades para relacionarse con Dios. Él es más que nuestro Padre, es nuestro Rey y Creador. Al decir: “Hágase tu voluntad”, afirmamos que haremos las cosas a su manera. El objetivo del plan de salvación es conseguir que estemos alegres y satisfechos de decir: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8).

Darnos cuenta de que el propósito de la oración no es persuadir a Dios para que haga lo que queremos, sino descubrir lo que él quiere que hagamos nosotros, puede ser decepcionante. Demasiado a menudo nos acercamos a Dios con planes preconcebidos. Además de decirle qué anda mal, le decimos qué tiene que hacer al respecto y cuándo tiene que hacerlo. La Biblia declara que no sabemos orar como es debido (Rom. 8:26). No es de extrañar que los discípulos le pidieran a Jesús que les enseñara a orar.

Algunos piensan que decir: “Hágase tu voluntad”, es señal de resignación, de abandono. Otros piensan que, si tenemos suficiente fe, Dios se verá obligado a hacer lo que queremos. Y aún otros sugieren que busquemos en la Biblia la promesa de Dios que mejor se acomoda a nuestras necesidades en un momento específico y luego la reclamemos con insistencia. ¡Cuidado con este método! No estoy seguro de que cada cosa específica que Dios hizo por alguien en algún momento sea necesariamente su voluntad para mí en este preciso instante.

¿Qué dijo Jesús sobre la voluntad del Padre? “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna” (Juan 6:40).

Sea esta nuestra oración para hoy.

Afinando las oraciones

Basado en Mateo 6:5 al 13.

“Yo te he invocado por cuanto tú, Dios, me oirás; inclina a mí tu oído, escucha mi palabra” (Salmo 17:6).

SI DIOS SABE lo que es mejor para nosotros y hace su voluntad, ¿para qué molestarnos en orar? Aunque él haga su voluntad, quiere que participemos en el esfuerzo. Oramos por iniciativa propia. Dios no nos impone su voluntad.

“Ah, se trata de una especie de dilema”, dirá usted. Es como decir que o bien usted hace lo que él quiere o bien no lo hace en absoluto. No se precipite. Cuando entendamos a quién oramos no desearemos que sea de otra manera. Nuestro Padre celestial quiere para nosotros cosas mucho mejores que las que nosotros mismos podamos desear.

Si nos matriculamos en la escuela de la oración, y asistimos regularmente, sucederán dos cosas. Una de ellas es que nunca nos graduaremos; la otra es que nunca seremos reprobados. Me encanta el texto de Pablo que habla de la oración como una red de seguridad: “De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Rom. 8:26, 27). ¡Magnífica promesa!

He aquí tres cosas que usted puede hacer para mejorar su experiencia de oración:

- Asegúrese de que no haya nada en su relación con su padre terrenal que pueda dificultar su relación con el Padre celestial. Si usted descubre que hay problemas por resolver, pida a Dios el maravilloso don del perdón.
- Consiga una concordancia bíblica y busque la palabra “santo”. Lea los textos que se refieren a la santidad de Dios. Asegúrese de que tiene un concepto claro en cuanto a qué quiere decir la Biblia cuando declara que Dios es santo.
- Dígale a Dios que está dispuesto a hacer su voluntad en todos los aspectos de su vida. Piense en los cambios específicos que tendrá que hacer para que esto suceda.

El amor de Dios quiere lo mejor para nosotros. La sabiduría de Dios sabe qué es lo mejor para nosotros. El poder de Dios puede lograrlo.

¿Sumisión o aceptación?

Basado en Mateo 6:5 al 13

“El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8).

DE NIÑO a menudo preguntaba a mis mayores: “¿Por qué?”. Me irritaba su respuesta: “Porque lo digo yo”. En realidad no deseaba escuchar su explicación de por qué yo no podía hacer lo que quería. Ya me había hecho una idea de las causas de la negativa. Preguntar el porqué no era otra cosa que una maniobra para desviar la atención, quejarme y alargar la discusión tanto como pudiera hasta que se me ocurriera una buena razón por la que tuvieran que darme el sí. No era más que un combate entre nuestras respectivas voluntades.

Del mismo modo, en la vida cristiana siempre habrá una tensión, y a veces una contradicción, entre nuestros deseos y la voluntad de Dios. Él mismo nos revela la causa: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos [...]. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isa. 55:8-9).

Por su propia naturaleza, el pecado está en contradicción con la voluntad de Dios. Nuestro instinto nos mueve a ser “respetables” pecadores, mientras que Dios desea que seamos santos y obedientes. Con todo, ¿es la mera sumisión el objetivo más elevado al que podamos aspirar? Someterse significa que nos rendimos, sucumbimos, capitulamos o cedemos. Aunque someterse no es lo mismo que rebelarse, tampoco tiene por qué equivaler a cooperar.

Si bien Dios acepta nuestra rendición a su voluntad, su deseo es que vayamos un paso más allá y, además de someternos a su voluntad, la aceptemos. La sumisión a la voluntad de Dios es un acto pasivo, mientras que la aceptación implica una acción. Una persona bien podría someterse a la voluntad de Dios y, a la vez, detestar todo lo que él hace en su vida.

Puede haber ocasiones, especialmente en tiempos de prueba y dificultades o cuando no entendemos el porqué, en las que es mejor rendirse y someterse a la voluntad de Dios. El mismo Jesús llegó a esta situación en el Getsemaní (Mat. 26:39). Su petición fue: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”. Pero acto seguido añadió: “No sea como yo quiero, sino como tú”.

Aunque la vida cristiana comienza con la sumisión a la voluntad de Dios, nuestro objetivo es llegar a poder decir: “¡Cuánto amo yo tu ley! ¡Todo el día es ella mi meditación!” (Sal. 119:97).

Nuestro mayor gozo

Basado en Mateo 6:10

“Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios;
tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud”
(Salmo 143:10).

EL AEROPUERTO de Atlanta, Georgia, es el más transitado del mundo. Es también la base de operaciones de al menos una de las mayores compañías aéreas del planeta. Por ese aeropuerto pasan cada día más de 240.000 personas de camino a casi todos los destinos de la tierra.

Es imposible no fijarse en cuánta gente trabaja allí. Los hay que limpian el piso, otros vacían las papeleras y aún otros que se pasan el día limpiando los baños.

Hay empleados que se llevan la basura que depositamos en los contenedores que ponemos delante de nuestras casas. Llueva, nieve o haga sol, ellos cumplen fielmente su tarea. Todas esas personas que trabajan limpiando los baños del aeropuerto o llevándose la basura trabajan para poder mantener a sus familias. Su trabajo es humilde, pero importante.

Hace años leí una ilustración sobre la importancia de hacer la voluntad de Dios, sea la que sea. Se trataba de dos ángeles que habían sido llamados ante el Todopoderoso, a uno de ellos se le había pedido que viniera a la tierra y gobernara la más poderosa nación y al otro se le pidió que bajara y fuera a la aldea más pobre y trabajara en el basurero. Ambos ángeles eran felices porque su mayor gozo era hacer la voluntad de su Padre.

Cada vez que pienso en este ejemplo, me emociono. Hace que recuerde las palabras de Jesús: “El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo, porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mat. 23:11-12).

Hacemos todo lo posible para que nuestros hijos reciban la mejor educación posible y no tengan que limpiar suelos o recoger basura. Además, queremos que se formen para dar lo mejor de sí mismos. Con todo, no debemos olvidar que hay algo aún más importante que nuestro trabajo –de basurero u oficinista, da lo mismo–; se trata de hacer la voluntad de Dios. Nuestro mayor gozo radica, no en hacer nuestra propia voluntad, sino la suya.

Detener la hemorragia

Basado en Mateo 6:12

“Jesús decía: `Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

CUANDO nos cortamos, sangramos. Pero Dios nos puso en la sangre unas células llamadas plaquetas que, al desencadenar un proceso de coagulación, dan inicio a la curación. Sin plaquetas, una persona podría morir desangrada.

Si alguien nos ofende o nos causa algún daño, nuestra naturaleza tiende a hacernos sentir amargura y resentimiento. Si no nos ocupamos de ellos, esos sentimientos pueden llegar a causar una “hemorragia” emocional y espiritual.

Hace algún tiempo hablé con un matrimonio cuya hija había sido asesinada por su esposo. El yerno cumplía condena en la cárcel y ellos habían acogido a su nieto.

El problema era que la mujer, en particular, se estaba enfermando a causa de la amargura y el resentimiento hacia su yerno. Y, lo que es peor, su fe y su relación con su nieto empezaban a verse afectadas.

Es evidente que, en ese matrimonio, la amargura era la causa del resentimiento y el odio que empezaba a sentir la abuela hacia su nieto. Eso significa que la amargura no se dirige únicamente hacia la persona que nos ha ofendido, sino que, a menudo, afecta a nuestra relación con terceros, generalmente miembros de nuestra familia.

Oré con la pareja y pedí al Señor que les concediera el don del perdón. La señora me dijo que no había querido orar para pedir el don de perdonar a su yerno porque creía que, de hacerlo, habría significado que la muerte de su hija no le importaba. Le hice ver su error. Tenía que orar para que Dios pudiera sanar su odio o, de lo contrario, tendría que vivir con la sensación de que cada día asesinaban a su hija. Como puede ver, la amargura y el resentimiento son un freno para la vida. Hacen que vivamos anclados en el pasado.

Al igual que las plaquetas detienen las hemorragias y empiezan el proceso de curación, el don del perdón corta el paso a la amargura y al resentimiento para que no destruyan nuestra vida.

¿Es útil el ayuno?

Basado en Mateo 6:16 al 18

“Ahora, pues, dice Jehová, convertíos ahora a mí con todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento. Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová, vuestro Dios; porque es misericordioso y clemente” (Joel 2:12-13)

¿HA AYUNADO alguna vez? No me refiero a si alguna vez ha hecho dieta. Ayunar y hacer dieta no son lo mismo, aunque a veces queramos que los demás piensen que adelgazamos porque somos piadosos cuando, en realidad, sufrimos un ataque de vanidad.

El ayuno es la abstinencia total de alimentos, o la ingestión de muy poca cantidad, como un acto de disciplina religiosa o de abnegación. Si usted nunca ha ayunado, quizá se pregunte cómo se sentiría. Si ya lo ha hecho alguna vez, jamás lo olvidará.

Hay dos tipos de ayuno. El ayuno puede ser voluntario, porque la persona, de manera consciente, y por la razón que sea, toma la decisión de no comer; o involuntario, porque, aunque se quiera, no hay alimentos que llevarse a la boca.

La Organización Mundial de la Salud estima que un tercio de la población del mundo está bien alimentado, otro tercio sufre desnutrición y una tercera parte se muere de hambre. Desde que empezó a leer la meditación de hoy, al menos doscientas personas han muerto de hambre. Este año morirán más de cuatro millones. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, uno de cada doce habitantes de la tierra está desnutrido, entre los cuales se cuentan ciento sesenta millones de niños menores de cinco años.

El ayuno por voluntad propia puede consistir en la reducción de los alimentos ingeridos o de algún alimento determinado. Las causas pueden ser por prescripción médica o por motivos de salud y bienestar.

Hay quien se abstiene de comer o beber ciertas cosas como ejercicio de autocontrol. También se puede ayunar como señal de una intensa sinceridad. Ester ayunó antes de presentarse ante el rey. Daniel ayunó mientras esperaba la interpretación del sueño del rey. Cuando Pedro fue encarcelado, toda la iglesia participó en el ayuno y la oración (ver *Los hechos de los apóstoles*, p. 110).

¿Es bueno ayunar? Sí, puede serlo. Depende de la salud de la persona, de las condiciones en que se practica y de la condición espiritual (los motivos) de quien lo practica. Al ayunar es preciso que nos preguntemos: “¿Por quién ayuno: por Dios o por mí mismo?”.

Ayunar con un objetivo

Basado en Mateo 6:16 al 18

“Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa”
(Mateo 6:16).

HACE AÑOS, mi familia y yo vivíamos en un país en el que, una vez al año, se observa un mes entero de ayuno. La gente no come ni bebe desde la salida del sol hasta su puesta. En consecuencia, los restaurantes están cerrados y si uno se aventura a salir a la calle tiene que llevar consigo el almuerzo.

Recuerdo especialmente un incidente que tuvo lugar durante un vuelo de la compañía aérea de ese país. Tuvo lugar alrededor de las 3:00 de la madrugada, cuando yo trataba de dormir un poco. De repente las luces de la cabina de pasajeros se encendieron y el personal de a bordo empezó a servir una comida completa. Yo estaba desconcertado. Que supiera, no habíamos cruzado ningún huso horario. Entonces se me ocurrió pensar que para la mayoría de los pasajeros esa comida antes del amanecer sería lo único que comerían hasta el atardecer.

Según sus practicantes, el ayuno anual tiene dos motivos: (1) el hambre y la sed les recuerdan el sufrimiento de los pobres, y (2) ayunar es una oportunidad magnífica para ejercitar el dominio propio y, por ende, limpiar el cuerpo y la mente. En ese país en concreto hay tres grupos de personas que están exentos de practicar el ayuno anual: los niños en edad de crecer, los ancianos y los enfermos. Un hombre me confesó que cada año caía “enfermo” justo antes de empezar el mes de ayuno.

¿Está el Señor satisfecho si pasamos hambre? ¿Qué dice sobre el ayuno? “He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicuamente; no ayunéis como lo hacéis hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como un junco y haga cama de telas ásperas y de ceniza? ¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová? El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo?” (Isa. 58:4-6).

Prefiero el ayuno que escogió el Señor.

Ayunar con alegría

Basado en Mateo 6:16 al 18

“Para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público”
(Mateo 6:18).

NUESTRA GENERACIÓN solo tiene dos grandes intereses: el sexo y la comida. Nuestra raza no puede subsistir sin ninguno de los dos, pero esos dones de Dios acaparan todas nuestras energías; por lo que vivir de manera santa se convierte en algo imposible. Aunque nos dio un cuerpo y, con él, unos instintos básicos, Dios nos pide que mantengamos nuestra parte física sometida a la espiritual. El cuerpo tiene que ser nuestro siervo, no nuestro dueño.

La Biblia no prescribe el ayuno como una práctica obligatoria para el creyente, pero sí recomienda y promueve el ayuno espiritual. En la mayoría de los casos, el ayuno espiritual implica la abstención de comida para que nada distraiga nuestra atención de la oración. Esto puede consistir en no comer entre comidas, saltarse una o dos comidas al día, la abstinencia de ciertos alimentos o un ayuno total durante uno o varios días enteros. Sin embargo, la decisión de practicarlo o no es exclusivamente personal y no está sujeta a ninguna imposición.

Jesús no nos ordenó explícitamente que ayunáramos, pero sí corrigió algunos excesos. El ayuno espiritual no es una manera de ganarse el favor de Dios ni una medida de presión para que haga algo que nos interese. Muy por el contrario, el objetivo del ayuno espiritual es producir en nosotros una transformación para que nuestra atención se centre de manera clara en nuestra dependencia de Dios, a la vez que es signo de la sinceridad de nuestra petición.

El ayuno no tiene que ser una muestra externa de espiritualidad, es un asunto entre Dios y cada uno de nosotros. De hecho, en Mateo 6:16 al 18 Jesús nos instruyó específicamente para que nuestro ayuno fuese en privado y con humildad; de lo contrario, no alcanzamos sus beneficios.

En el Antiguo Testamento, el ayuno era señal de duelo; en cambio, en el Nuevo Testamento se enseña a los creyentes que el ayuno debe ser practicado con actitud gozosa. Es preciso entender que el ayuno espiritual nunca ha de tener como fin la mortificación o el castigo del cuerpo.

Aunque, en lo que a Dios se refiere, el ayuno es innecesario, puede generar un claro impacto en el centro de nuestra atención espiritual porque puede contribuir a derribar las barreras que nuestra naturaleza carnal pueda levantar en oposición a la influencia del Espíritu Santo. La idea del ayuno va mucho más allá de la simple abstinencia de alimentos y una actitud piadosa en la oración. El verdadero ayuno implica moderación y abnegación, tanto en lo que respecta a los propios apetitos como a cualquier otro aspecto de la vida.

Si decide ayunar, acuérdesse de los que no tienen otra opción.

Síntomas físicos

Basado en Mateo 6:16 al 18

“El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo?” (Isaías 58:6).

TENGA EN CUENTA que el llamamiento de Dios no es para que el pueblo dejara de comer, sino para que no pecara más. El ayuno, el llanto y la lamentación no son más que signos externos de lo que sucede en el corazón.

Si decide participar en un ayuno espiritual, es preciso que tenga en cuenta algunos aspectos físicos de suma importancia:

- Si el ayuno se prolonga por más de una o dos comidas y toma algún medicamento con regularidad o está bajo control facultativo, será conveniente que lo comente con su médico.
- Al inicio del ayuno es probable que experimente síntomas desagradables como mareos, dolor de cabeza o náuseas. Si su estado general de salud es bueno, no permita que el malestar físico haga mella en su propósito. Esos síntomas suelen desaparecer.
- Recuerde que, en parte, el hambre es una cuestión de hábito. En las primeras etapas del ayuno es posible que sienta hambre a las horas en que suele comer. Si no cede al impulso, la sensación acabará por desaparecer. A veces es posible “engañar” al estómago bebiendo solo un vaso de agua.
- Durante un ayuno algunas personas solo beben agua. Otros toman varios tipos de líquidos, como por ejemplo jugo de frutas. Deberá encontrar la solución que mejor se adapte a sus necesidades.
- Antes y después del ayuno es importante escoger alimentos que eviten el estreñimiento.
- Abandone gradualmente el ayuno. Empiece con una dieta blanda, con comidas ligeras y fáciles de digerir. Cuanto más se prolongue el ayuno, tanto más cuidado deberá poner en este aspecto. Comer demasiado después de un ayuno puede ser causa de molestias físicas graves y la pérdida de sus beneficios.

El ayuno puede repercutir positivamente en nuestra vida de oración, ya que mientras nos abstenemos de ingerir alimentos podemos centrarnos en los aspectos espirituales de nuestra vida. En su sentido más amplio, el ayuno pone a un lado todos los obstáculos a la oración. “Señor, tú eres mi pan y mi agua, eres mi vida entera”.

La raíz de todos los males

Basado en Mateo 6:19 al 21

“Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan”
(Mateo 6:20).

EL APÓSTOL PABLO dijo a Timoteo: “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim. 6:10). El dinero no es la raíz de todos los males, sino el amor por él. No es necesario tener dinero para amarlo. Se puede ser pobre y, al mismo tiempo, amar el dinero.

El séptimo capítulo del libro de Josué narra la historia de un hombre llamado Acán. En lugar de heredar la tierra prometida, él y toda su familia murieron porque, a causa de su excesivo amor por el dinero, tomó lo que Dios había prohibido tocar –unos vestidos y unas monedas que había visto en la ciudad que su ejército acababa de conquistar– y lo ocultó en su tienda.

“Para muchos, el amor por el dinero es pecado capital. Los hombres y las mujeres que profesan adorar al Dios verdadero se engañan tanto en su búsqueda de las riquezas que suponen que la ganancia es piedad. Pablo declara: `Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento, porque nada hemos traído a este mundo y, sin duda, nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos ya satisfechos; pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición, porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron atormentados con muchos dolores” (*Signs of the Times*, 13 de diciembre de 1899).

Jesús dice: “No os hagáis tesoros en la tierra” (Mat. 6:19). No dice que no tengamos una cuenta de ahorros. Habla de nuestra actitud hacia nuestras posesiones. Luchar para sacar adelante la familia, hacer planes de futuro, invertir el dinero con prudencia, ayudar a los pobres y tener dinero suficiente para hacer funcionar el negocio no es malo. Sin embargo, la avaricia y la codicia son un error. La cuestión está en el motivo. Si usamos nuestras posesiones e influimos en la vida de los que nos rodean para gloria de Dios y por su reino, Dios no ve ningún problema en ello. Pero adquirir riquezas con el fin de acumularlas y amasar una fortuna para nuestra propia complacencia es pecado.

¿Dónde está nuestro tesoro?

Basado en Mateo 6:19 al 21

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21).

SE CUENTA la historia de un granjero que, después que su mejor vaca hubo parido dos terneros gemelos, uno blanco y otro pardo, dijo a su esposa y a sus hijos:

–¿Saben? Sentí el impulso de dedicar uno de estos terneros al Señor. Los criaremos juntos y, cuando llegue el momento de venderlos, el dinero de uno será para nosotros y el del otro irá a la obra del Señor.

Entonces su esposa le preguntó cuál de los dos dedicaría al Señor.

–No te preocupes por ello ahora –respondió–. Los trataremos igual y, cuando llegue el momento, ya lo decidiré.

Y se marchó. Al cabo de pocos meses, el hombre entró en la cocina con aspecto triste y abatido. Cuando su esposa le preguntó qué lo preocupaba, él respondió:

–Traigo malas noticias. El ternero del Señor se ha muerto.

¿Por qué siempre muere el ternero del Señor? Nos reímos con cierta incomodidad porque todos, alguna vez, hemos sido culpables de algo parecido. Por ejemplo, pensemos en el fondo de inversión de la Escuela Sabática. La idea es dedicar algo a Dios y darle el producto como una ofrenda especial. Pero sé de miembros de iglesia que dedican al señor un árbol frutal medio muerto y lo retan a que lo haga productivo.

Jesús dijo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mat. 6:19-21).

En los versículos que acaba de leer, Jesús nos da una visión magnífica de cómo debemos ver el asunto de la riqueza, el dinero y el lujo. En el siguiente pasaje, del versículo 25 al 34, habla de necesidades básicas (la alimentación, la bebida, la ropa y un lugar para dormir) y cómo debemos satisfacerlas. Pero en los versículos 19 al 21 cuestiona el lujo, no las necesidades.

¿Me permite que le haga una pregunta personal? ¿Qué es más importante para usted? ¿Dónde lo tiene, en el banco o en el cielo?

“Buscad primeramente el reino de Dios”

Basado en Mateo 6:33

“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

¿ALGUNA VEZ tuvo tanto trabajo que no sabía por dónde empezar? Yo sí. A veces tengo tantas cosas pendientes que no sé cuál hacer primero. Trato de hacer un poco aquí y un poco allá y, como resultado, no termino nada.

En situaciones como esta he descubierto que es útil confeccionar una lista de tareas pendientes. Probablemente usted también lo haya descubierto. Cuando confecciono una lista con cosas para hacer, pongo en primer lugar las más importantes. Si no lo hiciera, probablemente me dedicaría primero a lo más fácil y nunca abordaría las cosas más importantes.

La vida está llena de cosas importantes que hay que hacer. Jesús sabía que quienes lo escuchaban estaban preocupados por muchas cosas y los comprendía, por eso dijo: “No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir”.

Jesús no enumeró las cosas “extra” de la vida, sino que hablaba de las necesidades básicas. Aun así, les inculcó la idea de que aquello que ellos consideraban que era lo más importante de la vida no debía ocupar el primer lugar. Al contrario; dijo: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”. Cuando oímos la expresión “reino de Dios”, a menudo pensamos en el cielo. Sin embargo, en Romanos 14:17 se nos dice que el reino de Dios no es un lugar. “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

La palabra “reino” significa el gobierno o el poder, lo que tiene el control. Por tanto, el reino de Dios tiene que ser un gobierno espiritual. El reino de Dios no se refiere a las cosas que deseamos obtener o conseguir, sino a la clase de persona que somos. La justicia, la paz y la alegría son el fruto del Espíritu, y no algo que se cuelgue de una percha en un armario o se guarde en la alacena de la cocina.

Lo más importante de la vida no es tener, sino ser. Ahora que sabe esto, ¿es posible que desee ordenar la lista de sus necesidades más urgentes!

No se preocupe

Basado en Mateo 6:34

“Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Salmo 119:165).

QUIZÁ ME ESTRESE, pero no hasta el punto de caer víctima de la ansiedad. Eso se lo dejo a mi esposa. Ella es la perfecta ansiosa. Una cosa es estar preocupado por lo que te está pasando en la actualidad y otra muy distinta es preocuparse demasiado por lo que pueda suceder en el futuro.

Jesús tiene algo que decir a los que se preocupan demasiado. En primer lugar, no dijo que no nos preocupemos por nada. ¿Sorprendido? Jesús no usó la palabra “preocupación”. Él hablaba de angustiarse, que probablemente sea lo mismo que preocuparse, pero más.

El Gran Médico nos aconseja que no nos preocupemos por las cosas temporales porque son... eso, temporales. “Temporal” significa mundano, terrenal, secular. La ansiedad es algo enfermizo. Un médico de la Universidad John Hopkins dijo: “No se sabe por qué las personas que se preocupan en exceso mueren antes que las que saben controlar sus preocupaciones, pero es un hecho demostrado”.

Jesús dijo que obsesionarse con lo que se come o se viste es idolatría. Estas son sus palabras: “No os angustiéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?’, porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas” (Mat. 6:31-32).

La cuestión no es si debemos comer y vestir adecuadamente. Esto no se discute. La cuestión es: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33). Los paganos buscan primero lo temporal. El cristiano tiene que buscar primero lo espiritual.

¿Cómo podemos combatir el destructivo hábito de la ansiedad? Alguien dijo: “Cada noche deposito mis preocupaciones en Dios. Sea como sea, él estará despierto toda la noche”. Recuerde que Dios es nuestro auxilio en la tribulación. Si se angustia es porque no tiene a nadie en quien confiar.

Señor, perdóname porque me angustio. Gracias, Jesús, porque podemos traerte todas nuestras preocupaciones. Ayúdame a poner en primer lugar lo más importante y preocuparme por lo que realmente merece la pena.

“No os angustiéis”

Basado en Mateo 6:34

“No os angustiéis, pues, diciendo: `¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?’” (Mateo 6:31).

NO PUEDO dejar de insistir en que, al decir que no debemos angustiarnos (preocuparnos) por las cosas temporales, Jesús no sugirió que tengamos que preocuparnos por las cosas espirituales. Más bien dijo que las cosas espirituales deben ocupar el primer lugar de nuestros pensamientos. En otras palabras, es necesario que nos ocupemos más de las cosas espirituales que de las temporales.

Una vez más, es preciso destacar que Jesús no sugiere que tengamos dos vidas: una espiritual y otra secular. Se refiere a lo espiritual y a lo temporal. Ahora bien, lo secular también es temporal, porque pasará. Por tanto, Jesús dice que no tenemos que invertir lo mejor de nuestro tiempo, de nuestros pensamientos y de nuestros recursos económicos en cosas que son temporales y que pasarán; sino que es preciso poner el énfasis en las cosas espirituales porque son eternas. Cuando lo hagamos descubriremos que la vida se transforma por completo.

Jesús llegó a decir que no tenemos que preocuparnos demasiado por lo que nos sucede hoy (Mat. 6:25) o cómo será el mañana (Mat. 6:34). Preocuparse por el futuro es inútil. La preocupación hace que las nubes de mañana enturbien el sol de hoy. Una densa niebla de treinta metros de altura que cubre una superficie equivalente a siete manzanas de casas contiene menos de un vaso de agua fragmentado en sesenta mil millones de diminutas gotitas. No es mucha agua, pero puede paralizar una ciudad entera.

Por lo general, la ansiedad de las personas está relacionada:

- un cuarenta por ciento con cosas que nunca pasarán,
- un treinta por ciento con cosas del pasado que no se pueden cambiar,
- un doce por ciento con cosas, la mayoría de las veces falsas, relativas al qué dirán,
- un diez por ciento con la salud, que empeora con la tensión y el estrés y
- un ocho por ciento con problemas reales que es preciso afrontar.

Así pues, no cuesta entender el proverbio sueco que dice que, “a menudo, las preocupaciones hacen que las cosas pequeñas tengan una sombra enorme”.

He aquí una promesa para hoy: “Cuando te acuestes, no tendrás temor, sino que te acostarás y tu sueño será grato” (Prov. 3:24).

Amado Padre que estás en los cielos, ayúdame a no ser una densa niebla para mi familia. Quiero ser como el sol. Cuando se sientan desanimados, dame palabras de aliento. Cuando los vea con el ceño fruncido, haz que mi respuesta sea una sonrisa.

No haga teatro

Basado en Mateo 7:1 al 5

“Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Corintios 4:16).

¿SE HA PREGUNTADO alguna vez de dónde procede la palabra “hipócrita”? Viene de una palabra griega que significa “actor”. Un actor es una persona que se hace pasar por alguien que no es. Ahora usamos la palabra para referirnos a una persona que dice creer o vivir de una manera, pero que esconde lo que realmente es.

Por desgracia, a veces esta palabra se pronuncia en relación con miembros de iglesia. Hay quienes acusan a otros de ser hipócritas. ¿Quiere decir que hay hipócritas en la iglesia? Sin duda alguna. Hay hipócritas en todas partes.

La primera persona a la que engaña un hipócrita es él mismo. Aunque piense que está engañando a los demás, con toda seguridad, se engaña a sí mismo. Adopta una doble personalidad y acaba creyéndosela. Un hipócrita pertinaz no se puede salvar por la sencilla razón de que jamás admitirá que es hipócrita. Los fariseos que vivían en tiempo de Jesús son un ejemplo perfecto de qué es ser hipócrita. Cuando la gente los veía pensaba que eran santos; pero Jesús conocía sus corazones.

Los fariseos tenían un corazón tan corrompido que Jesús los comparó con sepulcros. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia” (Mat. 23:27). Una de las razones por las que odiaban tanto a Jesús era que solo se preocupaban por la apariencia externa de las personas, mientras que Jesús quería que vieran realmente cómo estaba su corazón.

Cuando trabajo en el huerto me ensucio las manos. Al entrar en casa, me las lavo con agua y jabón. Aunque cada día tomo una ducha para mantener limpio el cuerpo, el jabón no elimina el orgullo, el egoísmo, la amargura y el resentimiento del corazón. Ocultar la suciedad de las manos es difícil; en cambio, ser hipócrita e impedir que los demás sepan cómo está el corazón es demasiado fácil. Por eso cada día tengo que orar: “Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve” (Sal. 51:7).

¿Discernir o juzgar?

Basado en Mateo 7:1 al 6

“Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la ley y los profetas” (Mateo 7:12).

UNO DE LOS DEFECTOS más extendidos entre los cristianos es que juzgan a los demás. Ahora bien, al ordenarnos que no nos juzguemos unos a otros Jesús no quería decir que no tenemos que discernir entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal. En cualquier sociedad, los jueces son muy importantes. Su función es la de interpretar las leyes y declarar cuándo una persona es culpable y cuándo inocente. Ese tipo de juicio es necesario.

Sin embargo, en el Sermón del Monte Jesús se refiere a las críticas maliciosas. Dijo que no tenemos que concentrarnos en lo que los demás hacen o dejan de hacer. Antes bien, es preciso que nos aseguremos de que nosotros hacemos lo correcto. En Mateo 7:1 al 5, Jesús muestra que, a menudo, hacemos un drama de los errores y los defectos ajenos, mientras que pasamos por alto los nuestros. Es como tratar de quitar una mota de polvo del ojo de nuestro amigo sin antes habernos quitado la viga que llevamos clavada en el nuestro. Con frecuencia, los primeros en criticar y censurar a los demás son aquellos que están más cargados de culpas.

Un ejemplo de esto es una historia sobre el rey David. El rey cometió adulterio con su vecina Betsabé y, para ocultar su pecado, lo dispuso todo para que Urías, el esposo, muriera en la batalla. Pero el Señor le reveló este pecado al profeta Natán, quien se presentó ante David y le relató una historia, una triste historia, de un hombre rico que tomó la única oveja de otro que era pobre para no tener que sacrificar una de su propio rebaño. Cuando David escuchó esta historia, su corazón de pastor se encendió y montó en cólera. Lleno de ira, dijo al profeta: “¡Vive Jehová, que es digno de muerte el que tal hizo! Debe pagar cuatro veces el valor de la cordera, por haber hecho semejante cosa y no mostrar misericordia” (2 Sam. 12:5-6). Entonces Natán señaló con el dedo a David y dijo: “Tú eres ese hombre” (vers. 7). De repente, David se reconoció en la historia y admitió su pecado.

Hay un refrán que dice: “El que tiene tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino”. No critique a los demás por haber cometido los mismos errores que usted.

El camino a la Vida

Basado en Mateo 7:13 y 14

“Pero angosta es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida” (Mateo 7:14).

EN TIEMPOS de Jesucristo, en Palestina la gente vivía en ciudades amuralladas que solían encontrarse sobre colinas o montañas. Al atardecer, las puertas de la muralla se cerraban. Por esa razón los viajeros que regresaban a su casa por la tarde, si querían entrar en la ciudad antes de la puesta de sol y dormir en lugar seguro, tenían que apresurar el paso por un camino empinado y rocoso.

Esa vía estrecha y sinuosa que conducía al hogar y al descanso dio a Jesús una idea para ilustrar la vida del cristiano: “El camino que he puesto ante ustedes es angosto”, dijo, “y la puerta, estrecha”.

La conversión y la regeneración son la puerta estrecha a través de la cual es preciso pasar para empezar a andar por la senda angosta. Esto significa que el corazón y el espíritu tienen que renovarse y que lo viejo ha de morir.

No solo es estrecha la puerta, el camino es angosto y sinuoso. Después de pasar por la puerta, no entramos directamente en el cielo. Israel no llegó a Canaán inmediatamente después de haber cruzado el Mar Rojo. Fue preciso que el pueblo anduviera por el desierto. Por eso, mientras transitamos por el camino angosto, tenemos que negarnos a nosotros mismos (Luc. 9:23) y resistir la tentación (Sant. 4:7).

¿Alguna vez ha tenido que buscar una callejuela? Cuando sé que la calle que estoy buscando es pequeña, conduzco despacio para no pasármela. Y lo mismo ocurre con la puerta pequeña. Solo la encuentran unos pocos; y otros, cuando la ven, miran hacia otro lado. Pasa desapercibida. Su aspecto es pequeño y poco atractivo, mientras que el camino que se abre al otro lado parece escarpado y rocoso.

La Biblia nos anima a mirar lo que hay más allá de la puerta estrecha y el camino angosto. “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rom. 8:18).

Jesús nos invita entrar por la puerta. Ante nosotros tenemos la vida y la muerte, el bien y el mal. Vemos ambos caminos a la vez así como a dónde llevan. Nadie en su sano juicio elegiría morir por el hecho de que el camino que lleva a la muerte es agradable y esté bien asfaltado. Tampoco el sabio rechazará la oferta de una mansión y una corona porque el camino es escabroso. La vida cristiana es un viaje lleno de dificultades, pero, si se lo permitimos, Dios nos protegerá y nos llevará a nuestro destino.

El camino ancho

Basado en Mateo 7:13 y 14

“Porque nada de lo que hay en el mundo –los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida– proviene del Padre, sino del mundo”
(1 Juan 2:16).

LA BIBLIA enseña que solo hay dos caminos: uno bueno y otro malo, el camino a la vida eterna y el que lleva a la perdición. No hay, como algunos quisieran, una tercera vía, la calle de en medio. Jesús habló de esos dos caminos en Mateo 7:13 y 14. Hoy hablaremos de qué significa transitar por el camino ancho.

Cuando estoy al volante de mi automóvil, prefiero circular por una cómoda autopista de dos carriles a hacerlo por una carretera de un solo carril. Una autopista tiene más espacio y me permite conducir con más rapidez y seguridad. Jesús habló de una puerta ancha y de un camino ancho (en términos modernos, una autopista). Como el camino ancho tiene un acceso cómodo y fácil de seguir, está muy transitado. En la ilustración de Jesús, el camino ancho representa los caminos del mundo.

En esta carretera usted no tendrá problemas para entrar porque el acceso es muy amplio. Por esa vía puede circular “todo lo que hay en el mundo; los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16).

Circulando por esa carretera usted jamás se sentirá solo; siempre estará bien acompañado, porque es fácil de seguir. Pero recuerde que la multitud siempre lleva por mal camino. “Hay camino que al hombre le parece derecho, pero es camino que lleva a la muerte” (Prov. 16:25).

“Por el camino a la muerte puede marchar todo el género humano, con toda su mundanalidad, todo su egoísmo, todo su orgullo, su falta de honradez y su envilecimiento moral. Hay lugar para las opiniones y doctrinas de cada persona; espacio para que sigan sus propias inclinaciones y para hacer todo cuanto exija su egoísmo. Para andar por la senda que conduce a la destrucción, no es necesario buscar el camino, porque la puerta es ancha, y espacioso el camino, y los pies se dirigen naturalmente a la vía que termina en la muerte” (*Así dijo Jesús* [APIA, 2007], pp. 211, 212)

Escoger el camino ancho es un error. El camino angosto es el camino correcto.

Fundada sobre una roca

Basado en Mateo 7:25

“Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11).

JESÚS CONCLUYÓ el Sermón del Monte con una parábola que es la historia de dos constructores. Uno edificó su casa sobre una roca. “Descendió la lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y golpearon contra aquella casa; pero no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca” (Mat. 7:25).

Si una casa no se construye sobre unos cimientos firmes, es inestable y una fuerte tormenta puede causarle graves daños o provocar que se derrumbe. Lo mismo puede decirse de nuestras vidas. Todo lo que hacemos y decimos se basa en el cimiento de nuestras creencias. Jesús nos insta a ser prudentes con ese cimiento y examinar nuestras creencias, comparándolas con la verdad de su Palabra. La roca, Jesucristo, tiene que estar en la base de nuestro cimiento, mientras que la Biblia deberá ayudarnos a construirlo.

“La religión consiste en cumplir las palabras de Cristo; no en obrar para merecer el favor de Dios, sino porque, sin merecerlo, hemos recibido la dádiva de su amor. Cristo no basa la salvación de los hombres sobre lo que profesan solamente, sino sobre la fe que se manifiesta en las obras de justicia. Se espera acción, no meramente palabras, de los seguidores de Cristo. Por medio de la acción es como se edifica el carácter. ‘Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios’ (Rom. 8:14). Los hijos de Dios no son aquellos cuyos corazones conmueve el Espíritu, ni los que de vez en cuando se entregan a su poder, sino los que son guiados por el Espíritu” (*Así dijo Jesús*, p. 228).

Cuando una familia busca una casa donde vivir, lo primero que ve es su exterior. Sin embargo, le prestará mucha atención a su interior. Se fija en cuántas habitaciones tiene. Luego echan un vistazo a la cocina y al baño. No obstante, no es frecuente que alguien pregunte por los cimientos. A pesar de todo, una casa jamás será más fuerte que sus cimientos.

Por eso nuestra vida tiene que estar cimentada en Jesús. En él encontraremos la fortaleza necesaria para resistir las tormentas de los últimos días.

Un refugio para la tormenta

Basado en Mateo 7:26 y 27

“Pero a cualquiera que me oye estas palabras y no las practica, lo compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena” (Mateo 7:26).

JESÚS CONTÓ una historia para ilustrar la insensatez de depositar nuestra confianza en creencias que son cambiantes e inestables. Dijo que un hombre edificó su casa sobre la arena. ¿Qué sucedió? “Descendió la lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (Mat. 7:27).

¿Qué hay en la vida que pueda ser como “arenas movedizas”? ¿Intentamos construir nuestra vida sobre la seguridad económica? ¿Acaso ansiamos una elevada posición social o una distinción? ¿Es la necesidad de poder y reconocimiento? ¿Quizá nos negamos a aceptar las verdades de la Biblia? ¿O acaso rechazamos aceptar la gracia salvadora de Jesucristo? ¿Puede ser una mala interpretación de la verdad del evangelio? En todos los aspectos de la vida, necesitamos estar seguros de que nuestras creencias se basan en la Palabra de Dios y no en las de los hombres.

“Todo edificio construido sobre otro fundamento que no sea la Palabra de Dios, caerá. Aquel que, a semejanza de los judíos del tiempo de Cristo, edifica sobre el fundamento de ideas y opiniones humanas, de formalidades y ceremonias inventadas por los hombres o sobre cualesquiera obras que se puedan hacer independientemente de la gracia de Cristo, erige la estructura de su carácter sobre arena movediza. Las tempestades violentas de la tentación barrerán el cimiento de arena y dejarán su casa reducida a escombros sobre las orillas del tiempo” (*Así dijo Jesús*, pp. 229, 230).

Pero otro hombre edificó su casa sobre la roca. Ambos constructores eran vulnerables ante las tormentas de la vida, pero una casa resistió y la otra se derrumbó. Elijamos el cimiento que elijamos, no nos libraremos de las tormentas de la vida; sin embargo, si escogemos el correcto sobreviviremos a las tormentas. Los cimientos que reposan sobre la sólida roca que es Jesucristo nos dan la fuerza necesaria para sobrevivir.

Nos demos cuenta o no, cada día construimos nuestra casa espiritual. Cada una de nuestras decisiones es crucial. Cada día elegimos cómo reaccionaremos ante las distintas situaciones y cada reacción pone un nuevo fragmento de nuestro cimiento. La Biblia es el manual de instrucciones y la roca sobre la que basamos los cimientos es Jesucristo. Edifique sobre la Roca.

Jesús puede limpiarnos

Basado en Mateo 8:1 al 4

“Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5:14-15).

PIENSE en la peor de las enfermedades que se conocen hoy día: eso es lo que pensaba la gente de los tiempos bíblicos sobre la lepra. De hecho, se consideraba que la lepra era un castigo divino por algún terrible pecado que hubiera cometido la persona.

En realidad, todas las enfermedades son, a la vez, el resultado y símbolo del pecado. Todo empezó en Edén, cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios. Y desde entonces, el diablo ha acumulado en nosotros enfermedad sobre enfermedad. Pero la lepra era una enfermedad que despertaba un temor especial. Estaba tan asociada al pecado que quien la padecía tenía que separarse completamente de todo lo santo y era considerado impuro.

La gente creía que esta enfermedad procedía de la mano de Dios y, por lo tanto, solo él podía quitarla. La capacidad de curar la lepra era una de las señales del Mesías (ver Mat. 11:5). El rey de Israel preguntó: “¿Soy yo Dios, que da vida y la quita, para que este me envíe a un hombre a que lo sane de su lepra?” (2 Rey. 5:7).

Se consideraba que la lepra era incurable a menos que Dios interviniera. Por esa razón, un leproso nunca acudía a un médico para que lo sanara. ¿Qué podría hacer el médico si la curación era obra de Dios? En su lugar, el sacerdote, el ministro del Señor, tenía la responsabilidad de examinar al presunto leproso y declararlo puro o impuro. Si el sacerdote veía evidencias de enfermedad, la persona era declarada impura. Si no percibía ninguna evidencia, la persona podía volver a su casa.

¿Se imagina qué era levantarse una mañana y descubrir que se padecía la lepra? El leproso tenía que abandonar de inmediato la casa y la familia, tenía que vivir fuera de la ciudad, con los enfermos incurables y, cada vez que pasaba cerca de una persona sana, tenía que gritar: “¡Impuro!”.

De hecho, todos sufrimos la lepra del pecado. Somos impuros y tenemos que permanecer apartados de las cosas santas. La ley de Dios, como el sacerdote, nos puede mostrar que somos impuros, pero no nos puede curar. Jesús puede hacer lo que para la ley es imposible (Rom. 8:3). Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, quita el pecado, nos limpia y nos declara sanos. Ya no somos impuros. Demos gracias a Dios por Jesús, el Gran Médico.

Jesús nos limpiará

Basado en Mateo 8:1 al 4

“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus maldades, el que sana todas tus dolencias” (Salmo 103:2-3).

JESÚS SE APERCIBIÓ de que a su alrededor se estaba congregando una gran multitud, subió a la ladera de una colina para que el gentío pudiera verlo y oírlo sin dificultad y empezó a pronunciar un sermón muy largo. Es probable que el leproso se situara al margen de la multitud y que el sermón que escuchaba lo empujara a acercarse a Jesús para pedirle que lo sanara. Había oído decir que aquel Maestro que hablaba con tanta autoridad también era capaz de sanar. Así, a pesar de las críticas de los demás, se acercó lo suficiente a Jesús para pedirle a gritos: “Señor, si quieres, puedes limpiarme” (Mat. 8:2).

Jesús se preocupa por nuestras dolencias. Se compadece de nuestras debilidades (ver Heb. 4:15). Nosotros también podemos acercarnos a Jesús, el cual tiene poder sobre todas las enfermedades. Su poder para curar enfermedades es el mismo ahora que cuando anduvo en la tierra; pero siempre tenemos que someternos a su voluntad: “Señor, si quieres, puedes”.

No siempre podemos tener la certeza de que lo que pedimos armoniza con la voluntad divina, pero sí podemos estar seguros de que Dios tiene poder para concederlo; porque su poder es ilimitado si lo que pedimos es para su gloria y nos hace bien. Además, podemos confiar en su sabiduría y su misericordia. Por eso podemos decir: “Hágase tu voluntad”. Esto nos asegura que, sea cual sea el resultado, estaremos en paz.

Jesús no curaba siempre de inmediato. Pero en este caso, tan pronto se hizo la petición la concedió. Cuando, en oración, pedimos bendiciones terrenales, es probable que la respuesta a nuestra oración se demore o que Dios nos responda de un modo distinto al esperado; pero no sucede así cuando pedimos que nos libre del pecado. Limpiarnos del pecado, convertirnos en sus hijos y prepararnos para vivir una vida de santidad ha sido siempre su voluntad. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Esa oración recibirá una respuesta inmediata.

“Quiero”

Basado en Mateo 8:1 al 4

“Mira mi aflicción y mi trabajo y perdona todos mis pecados”
(Salmo 25:18).

LOS TIEMPOS BÍBLICOS no son los únicos en los que había lepra. Todavía hoy es una enfermedad común en muchos países, en especial los de clima templado, tropical y subtropical. Además de producir profundas úlceras y grandes bultos que causan graves deformidades, la lepra causa daños neurológicos en los brazos y las piernas. Las personas que hace tiempo están enfermas de lepra pueden perder manos y pies porque, cuando sufren una herida, no se percatan de ello.

El pecado es la lepra del alma. Si no recibe tratamiento, comenzamos a volvernos insensibles, tanto al mal como al bien. En otras palabras, el mal no parece tan repugnante y el bien no es tan atractivo. Nos adormecemos y perdemos la capacidad de sentir. Esta situación es más temible que cualquier enfermedad.

Reconforta saber que podemos acercarnos a Jesús, el Gran Médico, sabiendo que, si quiere, puede purificarnos. No hay pecado, por grave que sea, que él no pueda perdonar. No hay tentación, por fuerte que sea, que sea invencible para su gracia.

Al acercarnos a Jesús es necesario que imploremos su piedad. No podemos exigirla como si de una deuda se tratase, sino como un favor: “Señor, si esa es tu voluntad, me echo a tus pies y, si perezco, que sea así”.

La respuesta de Cristo a la súplica del leproso estaba llena de ternura. Entendiendo la mano, lo tocó. A pesar de que la lepra era una enfermedad temida y repugnante, Jesús lo tocó. Hasta este momento, nadie, ni siquiera su propia familia se habría atrevido a tocarlo. Tocar al leproso, a quien se le consideraba un pecador, equivalía a contaminarse. Pero Cristo quería demostrar que, cuando hablaba con los pecadores, él no corría el peligro de infectarse.

Jesús dijo al leproso: “Quiero. Sé limpio”. No le dijo: “Ve y lávate en el Jordán”; tampoco le sugirió una larga y tediosa terapia; sencillamente, dijo una palabra, lo tocó y el hombre quedó sanado. Jesús está dispuesto a darnos la ayuda necesaria. Cristo es un Médico al que no es necesario buscar porque siempre está ahí. No es necesario insistirle porque, al hablarle, escucha. Y tampoco es necesario pagar por sus servicios, porque sana gratuitamente. Pidámosle que nos sane.

“Límpiame”

Basado en Mateo 8:1 al 4

“¡Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado!”
(Salmo 51:2).

JESÚS DIJO al leproso: “Sé limpio”. En esas palabras hay fuerza y poder. Tienen autoridad y energía. Cristo sana nuestras almas con esas mismas palabras: “Sé limpio”. Dicho de otro modo: “Desea ser limpio”.

¿Quiere ser limpio? Si el Salvador nos dice: “Sea”, nos está diciendo que quiere que seamos limpiados. El pecado y la enfermedad no pueden existir en presencia del Salvador si su voluntad es que seamos sanados. Ninguno de los que realmente quieren ser purificados quedará impuro.

Tan pronto como las palabras salieron de boca de Jesús la lepra del hombre desapareció. La naturaleza trabaja poco a poco, pero el Dios de la naturaleza obra inmediatamente. Él habla y se hace. Ordena y existe (ver Sal. 33:9).

Después de que el hombre fuera sanado, Jesús le dio una orden: “No le digas a nadie hasta que te hayas presentado ante el sacerdote y él dictamine que estás limpio; y así tendrás una prueba legal de que eras un leproso, pero que ahora estás totalmente curado” (ver Mat. 8:4; Lev. 14:2).

Jesús le dio esas instrucciones para proteger al hombre recién sanado. Lo que quiso decir fue: “No se lo digas a nadie hasta que te hayas presentado ante el sacerdote. Haz que certifique públicamente que ya no tienes lepra, porque si se entera de que yo te sané, quizá por despecho, rechace darte el certificado de curación y entonces tú tendrías que volver a vivir con otros leprosos”. Cristo tuvo la precaución de observar la ley para que no se lo acusara de transgredirla y mostrar que estaba a favor de hacer las cosas de manera ordenada y respetando a las autoridades.

Jesús también le dijo al hombre que presentara la ofrenda que ordenó Moisés como agradecimiento a Dios y en contrapartida por los servicios del sacerdote. Jesús mostró respeto, humildad y consideración. Nuestro Salvador cuida hasta el más mínimo detalle.

¿Cree usted que al leproso curado le resultó difícil dar una ofrenda de acción de gracias? ¿Se quejaría porque necesitaba todo cuanto tenía para reabrir su negocio? ¿Piensa que dio una moneda cualquiera sacada de su bolsillo?

Quizá haya una razón para que nosotros también demos una ofrenda de acción de gracias.

El precio de las gemas

Basado en Mateo 8:14 y 15

“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Su valor sobrepasa largamente al de las piedras preciosas” (Proverbios 31:10).

LA MEDITACIÓN de hoy está dedicada a todas las esposas fieles y madres que lean este libro día a día buscando inspiración que las ayude a llevar a cabo sus múltiples tareas. Es nuestro deseo, y por ello oramos, que encuentren en estas páginas esa pizca de luz y verdad que haga un poco más luminoso su diario vivir.

¿A veces tiene la sensación de que lo que hace no tiene valor? No lo crea. Salomón dijo que el precio de una mujer virtuosa es muy superior al de las piedras preciosas. No tengo ni idea del valor que tienen las gemas pero, evidentemente, son valiosas. Quizá usted no sea hermosa o rica, pero sí puede ser virtuosa. Si es así, usted es valiosa.

Puede que no tenga un título universitario, pero es probable que esté calificada para más de un empleo, como por ejemplo, conductora, jardinera, consejera familiar, personal de limpieza, ama de llaves, cocinera, puericultora, recadera, contable, diseñadora de interiores, dietista, secretaria, relacionista pública o azafata. Estoy seguro de que podría ampliar la lista. Muchas de ustedes se hacen cargo del cuidado de la familia a la vez que, fuera de casa, desempeñan un empleo a tiempo completo. Realmente, son admirables.

El Salmo 128:3 dice que los niños son “como plantas de olivo alrededor de tu mesa”. Los bebés son como pequeños brotes verdes recién salidos de la tierra. Crecen como las plantas: primero un tallo, luego una hoja, después otra... Pronto maduran y empiezan a florecer. Y el ciclo se repite cuando tienen sus propios hijos. La influencia de la madre en la educación de niños maduros, responsables y cristianos está fuera de toda medida.

En una presentación de Escuela Sabática, un niño se olvidó de sus frases. Su madre estaba en la primera fila para apuntarlo. Ayudándose de gestos, dijo las palabras con los labios y en silencio, pero no sirvió de nada. Su hijo se había quedado en blanco. Finalmente, se inclinó y susurró: “Yo soy la luz del mundo”. El niño sonrió y con gran sentimiento y una voz clara y fuerte dijo: “¡Mi mamá es la luz del mundo!”.

Si usted es madre (o padre), es la luz de la vida de sus hijos. Para ellos usted está en el lugar de Dios (ver *Patriarcas y Profetas*, p. 280). Sea fiel y recibirá su recompensa.

Diga palabras de paz

Basado en Mateo 8:14 y 15

“Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo; juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vuestras puertas” (Zacarías 8:16).

IGNORAMOS SU NOMBRE. La conocemos como “la suegra de Pedro”. Con toda seguridad, fue una mujer piadosa por varias razones: una de ellas es que fue capaz de educar a la que sería la esposa del impetuoso Pedro.

Simón Pedro era un hombre rudo, áspero, fuerte, impetuoso, emotivo, inestable y de palabra franca. Con estas palabras se podría describir al Pedro anterior a su conversión. Pedro fue quien se negó a que el Señor le lavara los pies, quien le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote, quien quiso andar sobre las aguas y quien negó a su Señor.

Pero después de su conversión, fue Pedro quien acudió al sepulcro vacío; fue él a quien Jesús perdonó tres veces; el primero en declarar que Jesús era el Cristo, el hijo del Dios viviente. Fue Pedro quien arrojó la red en el lugar donde sugirió Jesús; fue él el autor de varios libros del Nuevo Testamento; y quien predicó en el día de Pentecostés. La suegra de Pedro tuvo que haber inculcado en su hija unos valores y un discernimiento que la capacitaran para ser la gema en bruto de un áspero pescador como Simón Pedro.

Es más que probable que Pedro estuviera fuera de casa durante largos períodos de tiempo. Quizá por esa razón la suegra de Pedro vivía con ellos. Además, era costumbre que los padres vivieran con sus hijos mayores. Por la razón que sea, vivía en casa de Pedro y era bien recibida. Con toda seguridad tuvo que aprender a controlar la lengua y a no tomar partido en las discusiones. Sin duda alguna, la adornaban la diplomacia y la cortesía. Es probable que no fuera exigente y tampoco se compadeciera de sí misma. En lugar de ser una carga, ayudaba en lo que podía. De hecho, el día que enfermó se encontraba colaborando con Jesús y sus discípulos. Era una pacificadora.

Si usted se encuentra atrapado entre la juventud y la independencia de antaño y la ancianidad actual, porque necesita un poco de ayuda, sea pacificador. Sepa que en el cielo se registran sus esfuerzos. “Por lo tanto, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Rom. 14:19).